

Apostolado de la “caridad de la verdad”

Verdad y caridad

La verdad. Según el Diccionario¹, la verdad es “Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente”; “Conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa”; “Propiedad que tiene una cosa de mantenerse siempre la misma sin mutación alguna”; “Juicio o proposición que no se puede negar racionalmente”.

Cuando se trata del tema de la verdad, generalmente se enfatiza la distinción entre el significado hebreo y el significado griego. La palabra hebrea por verdad es *emeth*, cuya raíz (*aman*) significa *sujetar algo firmemente para que no se caiga*. Entre los sinónimos que acompañan o reemplazan a *emeth*, el principal es *emunah*, fidelidad.

Por su parte, el término griego correspondiente a verdad es *alêtheia*, que –por su carácter privativo– indica la condición de revelación del ser. *Alêtheia*, por tanto, se refiere a dos cosas: lo que aparece ante nosotros y el fundamento de lo que aparece o, diríamos, “la verdadera verdad”. Por tanto, la noción griega se refiere a lo permanente, mientras que la hebrea se refiere a un aspecto bastante dinámico. Para indicar la verdad, el griego dice de algo que *es*; el judío dice: *amén* (es verdad).²

En la Biblia, la verdad es ante todo fidelidad a la palabra dada y a la alianza. En este sentido, la verdad es propia de Dios, que es el fiel por antonomasia (Dt 7,9; 32,4), nunca falla (Ex 34,6; Núm 23,19), manifiesta su fidelidad con los hechos (Sal 57,4; 91,3-4). San Pablo usa el término en el sentido habitual de correspondencia con lo real en oposición a la mentira, pero también lo usa para indicar la fidelidad de Dios (Rm 3,3-7; 15,8). Dios ha revelado la verdad sobre todo por medio de su Hijo (Jn 1,18; Gá 4,4-5; Heb 1,2). Jesús es el portador de la verdad (Jn 1,17; 18,37), él mismo es la Verdad (Jn 1,14; 5,33; 14,6; Ef 4,21; Ap 3,7).

La caridad. Según el mencionado Diccionario, la caridad es “Actitud solidaria on el sufrimiento ajeno”. “En el cristianismo, virtud teologal que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo”. “Virtud cristiana opuesta a la envidia y a la animadversión”.

La *caritas* humana en la que el hombre manifiesta su voluntad, su simpatía, su afecto y su caridad, se refiere siempre al *ágape* divino como la realidad fundante del amor humano. *Ágape* es un término original del cristianismo que expresa un amor desinteresado y desapegado: amor que se entrega, no se impone, y no quiere ganar la vida, sino que corre incluso el riesgo de perderla. En eso se diferencia del *eros*, y también del deseo de poseer o dominar, excluyendo el amor propio, la *philautia*.

La caridad consiste en dejarse llevar por Dios mismo en un movimiento de simpatía o compasión, participación en el dolor ajeno, que hace al otro cercano o prójimo, reconocido como fin en sí mismo... La primera Carta a los Corintios ofrece la síntesis insuperable del amor caritativo (1 Co 13): cada una de las virtudes no sería nada sin la caridad, porque, en definitiva, lo que las convierte en virtud es su arraigo en la caridad. De todas las virtudes, la caridad es la primera. Esto es lo que afirma san Pablo.

Además, la caridad es el camino principal de la doctrina social de la Iglesia. Toda responsabilidad y compromiso se deriva de la caridad que es la síntesis de toda la Ley (cf. Mt 22,36-40). Para la Iglesia –adoctrinada por el Evangelio – la caridad lo es todo porque, como enseña san

¹ *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia española²³, Madrid 2014.

² Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, n. 5.

Juan (cf. 1Jn 4,8.16) y recuerda la encíclica *Deus caritas est*, “todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo”.³

Caridad y verdad

La relación entre la caridad y la verdad es un tema debatido y no siempre pacífico. Hay quienes piensan que afirmar la verdad implica automáticamente faltar a la caridad, y que para mostrar caridad hay que sacrificar la verdad. Diferente es la doctrina del papa Benedicto XVI que, en su encíclica *Caritas in veritate*, ofrece una preciosa reflexión sobre las profundas relaciones entre la caridad y la verdad. Por supuesto, no es que la verdad sea una abstracción, una teoría – ¡es una Persona!–, mientras que la caridad sería lo concreto, lo práctico. Esto hace que sea más difícil descubrir su unidad. Ambas están inextricablemente vinculadas, aunque no identificadas, y aunque no sea fácil distinguirlas.

A menudo, la transmisión de la verdad aparece como una discusión, incluso como una lucha; dejándose convencer se tiene la sensación de ser derrotados: de ahí la resistencia a la verdad. Hacerse verdaderos es liberarse de todo lo que es demasiado propio y lleva a confundir la verdad con los propios deseos, prejuicios y resentimientos. Entonces se necesita la caridad para que desaparezca lo que es nuestro y pueda brillar la verdad misma.

No puede haber caridad sin verdad, recuerda el papa Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate*. Y el papa Francisco, dirigiéndose a la Curia romana, proponía “hacer la verdad en la caridad y vivir la caridad en la verdad”. Y continuaba: “Hasta el punto que la caridad sin la verdad se convierte en la ideología del bonachón destructivo, y la verdad sin caridad, en el afán ciego de judicializarlo todo”.⁴ La verdad debe buscarse, hallarse y expresarse en la caridad, pero la caridad a su vez debe entenderse, validarse y practicarse a la luz de la verdad.

En realidad todos deseamos la verdad, aunque a menudo la negamos o la combatimos... La debilidad, la comodidad, el miedo al sacrificio, el temor al juicio de los demás o la pereza, nos empujan a menudo a buscar acomodaciones.

Por otro lado, si el amor renuncia a juzgar, se convierte en un sentimiento impotente. Es el riesgo del amor en una cultura sin verdad, como la nuestra. Escribe el papa Benedicto que “en una cultura sin verdad”, el amor es “una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario”: sin la verdad es posible justificar incluso la violencia y la arbitrariedad, en nombre del amor.⁵

En Dios, la verdad y la caridad son lo mismo. Para nosotros, en cambio, siempre será una tarea difícil intentar ser caritativamente verdaderos y verdaderamente caritativos, es decir, realizar la *caritas in veritate*, el amor en la verdad. Podrían parecer realidades antitéticas y prestarse a interpretaciones opuestas.

Si se insiste en el predominio de la verdad, se puede caer en un fácil irenismo que acaba asfixiando el radicalismo del Evangelio para adaptarlo a las modas y oportunidades del momento; existe también el riesgo de adoptar una falsa forma de respeto al otro basada en el relativismo; o de caer en una dureza hiriente, en un formalismo que, con la buena intención de defender la doctrina, la verdad, pretende imponerla, incluso omitiendo la caridad; se corre el riesgo de comunicar no la verdad liberadora – ¡el mismo Cristo Jesús!–, sino la propia dureza de corazón, el propio apego a los preceptos y a las reglas en cuanto tales.

³ Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, n. 2.

⁴ Cf. PAPA FRANCISCO, *Discorso alla Curia romana*, n. 7 el 21 de diciembre de 2015.

⁵ Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, n. 3.

Si se enfatiza excesivamente la caridad a expensas de la verdad, se llega a un concepto erróneo de la caridad: se convierte en bonachonería destructiva, en sentimentalismo vacío, precisamente porque se piensa que la misericordia y la caridad deben anteponerse a la doctrina, a la enseñanza, en definitiva, a la verdad: se acaba perdiendo el valor y la franqueza de Cristo Jesús, la fuerza liberadora del mensaje evangélico.

Ambas concepciones son erróneas por insuficientes y parciales; porque transforman la distinción en separación y ven la unión como una yuxtaposición. Subraya Benedicto XVI: “No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor”.⁶

La distinción es solo de razón. La verdad es esencialmente amor y el amor es necesariamente verdadero. La verdad sin caridad no es más que una abstracción irreal. Y la caridad sin verdad no es más que un sentimentalismo superficial. El cristianismo se caracteriza precisamente por la unión indisoluble del sentido de la verdad y el sentido de la caridad. No hay inteligencia sin amor ni amor sin inteligencia.

En el lenguaje bíblico, el conocimiento tiene una intensidad especial: la verdad es siempre amor (unión). De hecho, conocer es unir –el verbo hebreo *yada* (conocer) se usa también para referirse a la unión sexual, es decir, a la unión de todo el ser–. Conocer es hacerse uno con lo conocido. Conocer a una persona es amarla. Sólo amando a una persona podemos decir de verdad que la conocemos... Descubriendo y comprendiendo a la persona, la conocemos y la amamos, porque vemos a Dios en ella.⁷

Una interesante conclusión de J. Lacroix: “Algunos aman tanto a las personas que olvidan la verdad, mientras que otros aman tanto la verdad que se olvidan de las personas”. Ésta no puede ser la actitud cristiana. Como vemos en Jesús, no es posible separar la verdad del amor a las personas. La caridad y la verdad deben necesariamente mantenerse juntas. Esto es posible si uno está plenamente arraigado en Cristo, que es la revelación del amor del Padre: “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16), y él mismo es la Verdad (cf. Jn 14,6).

Caridad en la Verdad

El amor – *caritas* – es una fuerza extraordinaria, que tiene su origen en Dios, Amor eterno y Verdad absoluta, e impulsa a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz. Defender la verdad, proponerla con convicción y dar testimonio de ella en la vida son formas de caridad exigentes e insustituibles. La caridad “goza con la verdad” (1Co 13,6). Ofrecer la verdad en la caridad a veces corre el riesgo de incomprensión, pero puede ser un paso necesario para encontrar el camino que conduce al verdadero bien.

Nuestro tiempo se caracteriza no solo por las “new fakes”, sino por muchos otros fenómenos relacionados con la crisis de la verdad: la “posverdad”, la actitud de no creer en nada, que lleva a creer en todo; la ausencia de maestros, que lleva a relativizar todo conocimiento; la incapacidad para captar mensajes complejos, que conduce a un déficit de pensamiento crítico; la tentación del pensamiento único, considerando a los demás solo por el interés personal; la superficialidad del todo e inmediatamente, incapaz de profundizaciones serias; la falta de esperanza que lleva al compromiso de acoger la realidad, sin confundirla con los sueños, etc.⁸

⁶ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, n. 30

⁷ Cf. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, n. 30

⁸ Cf. CHIARA SCARDICCHIO, “Quali sfide antropologiche per l’annuncio del Vangelo oggi?” en el congreso “*Fate a tutti la carità della verità*”, en Roma, el día 22 de octubre de 2021.

Quizás nunca como hoy, en esta realidad, se sienta la necesidad de la caridad de la verdad. La verdad, efectivamente, puede ocultarse o deformarse en varios niveles, con el riesgo de que la alteración de los hechos –y de la capacidad de conocerlos en su consistencia real– conduzca inevitablemente a hacer opciones personales que, aunque sean de buena fe, son objetivamente erróneas y nocivas, porque se basan en una falsa representación de la realidad.

Para buscar y ofrecer *la verdad en la caridad*, el punto de partida debe ser un interés sincero por el otro y por su situación. El papa Francisco insiste en esto: es necesario alimentar en nosotros una sensibilidad cargada de comprensión y una voluntad de dejarnos cuestionar en el diálogo con el otro. Además, la adhesión a los valores cristianos es indispensable para la construcción de una buena sociedad y un desarrollo humano integral. Un cristianismo de caridad sin verdad puede convertirse en una reserva de buenos sentimientos, útiles para la convivencia social, pero marginales. Sin verdad, la caridad queda relegada a un ámbito reducido y privado, excluida de los proyectos y procesos de un desarrollo humano universal, en el diálogo entre saberes y operatividad.⁹

A menudo se olvida que “la caridad en la verdad, de la que Jesucristo se ha hecho testigo..., es la principal fuerza impulsora del auténtico desarrollo de cada persona y de toda la humanidad... En Cristo, *la caridad en la verdad* se convierte en el Rostro de su Persona, en una vocación a amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. En efecto, él mismo es la Verdad (cf. Jn 14, 6)”.¹⁰

La caridad en la verdad es, además, una fuerza que constituye la comunidad y elimina barreras. Una fuerza que nos supera. Con sus solas fuerzas, la comunidad de los hombres no podrá nunca ser plenamente fraterna ni llegará a ser universal: la unidad del género humano nace de la con-vocación de la palabra de Dios-Amor.¹¹ De ahí la necesidad de conjugar la caridad con la verdad no sólo en la dirección señalada por san Pablo, de la *veritas in caritate* (Ef 4, 15), sino también en la inversa y complementaria, de la *caritas in veritate*. Por estar llena de verdad, la caridad puede entenderse, compartirse y comunicarse en su riqueza. “En efecto, la verdad es *lógos* que crea *diá-logos* y por tanto comunicación y comunión” .¹² La verdad abre y une las inteligencias en el logos del amor: es anuncio y testimonio cristiano de la caridad.

La caridad de la verdad

El P. Alberione desplaza un poco el énfasis en la caridad, en “hacer la caridad de la verdad”, es decir, en la dimensión apostólica. Él da por sentado que la verdad existe –en grado eminentísimo es el mismo Maestro Jesús, la Verdad con mayúscula– y está convencido de que el mundo y sus habitantes necesitan absolutamente la verdad –en última instancia la Verdad–. El problema que lo apremia es precisamente el deber de darlo al mundo y encontrar las mejores y más efectivas formas de hacerlo.

No se trata solo de hacer la caridad *en la* verdad, como refleja la encíclica de Benedicto XVI, sino de hacer la caridad *de la* verdad. Una caridad orientada a la mente, al intelecto; que ofrece certezas a un mundo lleno de dudas; que aporta claridad a un mundo nebuloso; que trae luz a una sociedad que vive en la oscuridad; que da seguridad a una multitud sin confianza; que ofrece respuestas a una generación atribulada; que orienta a una sociedad que vaga sin rumbo fijo. Es como la luz en una colina o el faro en el horizonte. Hacer la caridad de la verdad significa

⁹ Cf. BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate*, n. 4

¹⁰ BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate*, n. 1.

¹¹ Cf. BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate*, n. 34.

¹² BENEDICTO XVI, encíclica *Caritas in veritate*, n. 4.

transformar la comunicación en un instrumento para difundir la verdad. La caridad de la verdad libera, ilumina, enriquece y genera nueva vida.¹³

No está claro el origen de la expresión “hacer a todos la caridad de la verdad”, típica de Antonio Rosmini; el beato Santiago Alberione la toma probablemente de él. Él decía que la primera caridad es precisamente la caridad de “decir la verdad del Evangelio”, por tanto, una caridad que toca el entendimiento, la mente. La caridad de la verdad es la caridad de ayudar a las personas a encontrar la felicidad que dura por siempre: el cielo. Entonces, es fácil comprender el tema central de la predicación del P. Alberione.¹⁴ En realidad, la frase se podría remontar al mismo apóstol Pablo, cuando invita a vivir “realizando la verdad en el amor” (Ef 4, 15).

La expresión “hacer a todos la caridad de la verdad” resume bien el espíritu del fundador de la Familia Paulina y la misión que está llamada a cumplir en la Iglesia: el anuncio del Evangelio, de Cristo Maestro, que es camino, verdad y vida, a los hombres de nuestro tiempo, en la cultura de la comunicación. “Cuando se tienen de mira las almas y la gloria de Dios, se encuentran los caminos y los medios para acercarse a ellas, para iluminarlas, para hacer la más alta caridad: la de la verdad”.¹⁵

En el libro *Apostolado de la Edición*, el Fundador hace algunas propuestas concretas y realistas para llevar a cabo el compromiso de hacer la caridad de la verdad: “Busquen todos los medios posibles para que llegue a todas partes el diario católico que, con paz y justicia, lleve a todos la esperada caridad de la verdad”.¹⁶ Hablando a las Hijas de San Pablo, el P. Alberione reitera que la caridad de la Verdad es la más sublime de las formas de caridad: “El apostolado para ustedes es la vida de caridad, el apostolado no es más que la flor de la caridad”.¹⁷

La unidad entre el amor y el anuncio de la verdad fue reconocida por san Juan Pablo II en su discurso a los capitulares de la Sociedad de San Pablo en 1986: “Ustedes Paulinos... saben bien cómo nuestros fieles viven en una época en la que oyen que se enseñan y ven que se practican doctrinas que a menudo difieren del mensaje del Evangelio... ¡Comprenden cómo su misión se vuelve cada vez más urgente, importante, delicada! Ustedes –como el buen samaritano de la parábola evangélica– deben inclinarse con amor y con extrema conmoción sobre estas almas heridas y doloridas, para llevar la palabra de la Verdad, que da la luz a las mentes y el consuelo de las certezas supremas”.¹⁸

Dios es amor y es también verdad; por eso el encuentro con él “implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor”.¹⁹ El servicio de la verdad es, por tanto, una forma de caridad, de amor concreto, una obra de misericordia. Y es especialmente importante hoy, en la sociedad de la comunicación, donde, a pesar de la multiplicación de informaciones y mensajes, la verdad tiene dificultades para encontrar un espacio, asfixiada por presiones e ideologías basadas en el lucro.

Conclusiones

En general, la caridad cristiana es muy apreciada en su rostro material, incluso entre personas no religiosas o en países donde los cristianos son minoría: pensemos, por ejemplo, en la

¹³ Cf. DARLEI ZANON, en su artículo “La carità della verità”, publicado en el sitio *Paulus.net*.

¹⁴ Cf. GIUSEPPE FORLAI, *Relazione al 10° Capitolo generale delle Figlie di San Paolo*, 15 de septiembre de 2013.

¹⁵ SANTIAGO ALBERIONE, *Carissimi in San Paolo*, p. 1041.

¹⁶ SANTIAGO ALBERIONE, *Apostolado de las Ediciones*, n. 290.

¹⁷ SANTIAGO ALBERIONE, *Alle Figlie di San Paolo 1956*, p. 420.

¹⁸ JUAN PABLO II, *Discurso a los capitulares de la Sociedad de San Pablo*, el 22 de marzo de 1986.

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 17.

obra de santa Teresa de Calcuta. Es un hecho que donde llegan misioneros o institutos religiosos nacen hospitales, escuelas, universidades, centros de acogida, etc. Son obras bien visibles y gozan de un alto reconocimiento entre la gente.

Pero hay otro rostro de la caridad cristiana que es menos visible y, por tanto, también menos popular: la llamada “caridad intelectual”. Una dimensión de la caridad que es un fermento lento, un trabajo minucioso, envuelto de paciencia, gratuidad y esperanza, con la confianza de que germine y crezca la flor de la fe.

Naturalmente, los dos rostros del amor cristiano son inseparables, como se ha reiterado: la misma santa Teresa de Calcuta, famosa por su “caridad material”, solía recordar a sus hermanas: “nosotras no somos trabajadoras sociales, somos esposas de Jesucristo”. Así dejaba claro que la caridad material no es el objetivo último de su actividad.

“A veces –escribió Benedicto XVI– se tiende a circunscribir el término ‘caridad’ a la solidaridad o a la simple ayuda humanitaria. Es importante recordar, sin embargo, que la mayor obra de caridad es precisamente la evangelización, es decir, el ‘servicio de la Palabra’. No hay acción más benéfica y, por tanto, caritativa para con el prójimo que partir el pan de la Palabra de Dios, hacerlo partícipe de la buena noticia del Evangelio, introducirlo en la relación con Dios: la evangelización es la más alta e integral promoción de la persona humana”.²⁰

Efectivamente, reducir al otro sólo a una boca que alimentar es menospreciar su identidad y desconocer su alta vocación. La verdadera caridad, la realización del amor práctico, es abrir a las personas el conocimiento del gran misterio del amor del Padre al hombre, en Jesucristo. Es permitir que cada persona diga con el mismo sentimiento de san Pablo: “Me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20). Es anunciar la verdadera vida, que Jesús resume así: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo” (Jn 17, 3). Por supuesto, el conocimiento del que habla Jesús no es un mero conocimiento teórico, sino un conocimiento personal que abarca la totalidad del hombre; y que es parte del primer mandamiento: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5; Mt 22,37; Mc 12,30; Lc 10, 27). Un amor que es una combinación de caridad y verdad. De ahí la fórmula paulina adoptada por Benedicto XVI: *Caritas in veritate*.

El apostolado paulino está llamado a hacer esta caridad: llevar a los hermanos y hermanas que viven en el areópago digital, la Palabra de Dios que resuena viva y vivificante en la Iglesia de todos los tiempos. Creemos con el profeta que “todo el que invoque el nombre del Señor, se salvará” (Jl 3, 5; cf. Rm 10,13). Y nos preguntamos con san Pablo: “¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?” (Rm 10,14). Cada uno de nosotros ha sentido en su corazón esta inquietud (la misma que sintió el joven Alberione en la aurora del siglo XX: cf. AD 17), y el amor de Cristo nos ha impulsado a decir como el Profeta: “¡Aquí estoy, mándame!” (Is 6, 8). Mándame a anunciar en el Evangelio también en el ciberespacio, donde tantos hermanos y hermanas no mueren de “hambre de pan ni sed de agua, sino de escuchar las palabras del Señor” (Am 8, 11).

En este contexto se desarrolla la misión profética del beato Santiago Alberione. Si el alma del apostolado consiste en “vivir de Cristo en el Espíritu Santo”, la naturaleza del apostolado es “dar a Cristo”, como él mismo se presentó: camino, verdad y vida. “Aquí está todo: vivir de Jesucristo, camino, verdad y vida; y hacer la caridad de Cristo a aquellos pueblos privados de él y hambrientos al mismo tiempo, dando de hecho el Cristo total, camino, verdad y vida”.²¹

²⁰ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma* del año 2013, n. 3.

²¹ SANTIAGO ALBERIONE, *Carissimi in San Paolo*, p. 862.

Tras la promulgación del decreto *Inter Mirifica*, el Fundador escribió: “La actividad paulina ha sido declarada apostolado, junto con la predicación oral”.²² Estas palabras del Fundador nos dan la clave de su obra apostólica, que se describe repetidamente como “la caridad de la verdad”: una caridad que se traduce en palabras escritas, impresas, ilustradas, para llegar eficazmente al mayor número de personas.

En la actual confusión de sonidos e imágenes, ¿será posible descubrir el rostro de Cristo? Es el compromiso al que estamos llamados a dar respuesta. Quizás lo encontremos precisamente en “hacer a todos la caridad de la verdad”, sin esconder las exigencias y la fuerza liberadora del Evangelio, teniendo el valor de denunciar las injusticias contra los más débiles; ofreciendo la verdad en la caridad, es decir, con la humanidad y la gratuidad propias del cristiano.²³

San Juan Pablo II hacía un fuerte llamado a desplegar una nueva “fantasía de caridad” que dé una respuesta concreta a las necesidades más urgentes y sea expresión de la capacidad de hacernos prójimos.²⁴ Y el papa Francisco dijo a la Familia Paulina: “La fantasía de la caridad no conoce límites y sabe abrir caminos siempre nuevos para llevar el soplo del Evangelio a las culturas y a los ámbitos sociales más diversos”.²⁵

Ciertamente, al P. Alberione no le faltó imaginación. Nos toca a nosotros dar cuerpo y vida hoy a esa creatividad. Estamos invitados a trabajar con dos criterios complementarios: el de la verdad y el de la caridad. Fue la actitud de san Pablo en el cumplimiento de su misión. Buscar siempre la verdad de Cristo, con la luz del Espíritu que escudriña la profundidad de Dios. Fue la reciente recomendación del papa Francisco a la Familia Paulina: “En el contexto del camino sinodal que hemos emprendido, les pido que no dejen faltar su contribución. Por eso los animo a trabajar juntos, en red, cada uno aportando lo suyo ‘propio’, según el deseo del beato Alberione”.²⁶

Vivamos, pues, la “verdad de la caridad” y la “caridad en la verdad” para “hacer a todos la caridad de la verdad”.

P. José Antonio Pérez, ssp

²² SANTIAGO ALBERIONE, *San Paolo*, diciembre de 1963.

²³ Cf. ANTONIO RIZZOLO, ssp, “La carità della verità” en *Consacrazione e servizio* n.11, noviembre de 2006.

²⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte* n. 50.

²⁵ PAPA FRANCISCO, *Discorso alla Famiglia Paolina*, el 27 de noviembre de 2014.

²⁶ PAPA FRANCISCO, *Discorso alla Famiglia Paolina*, el 27 de noviembre de 2021.